



IMÁGENES DE INTERNET. COMPOSICION

¿Dónde está Patricia?

Dieron las cuatro. La plácida tarde era propicia para trabajar en el jardín. El silencio se rompía con el murmullo del agua salpicando las plantas y saltando sobre el camino de piedras de río. El agua que brotaba de la manguera formaba un alegre riachuelo. Empecé a sentir la frescura de las hojas pero el otoño había variado la tonalidad del follaje. Escuché un crujido entre los arbustos, las hojas empezaron a caer y en cuestión de segundos huyó asustado un pajarito que me inquietó. Su plumaje oscuro azabache brillaba resplandeciente. Una hoja seca amarillo ocre cubierta de estrías profundas saltó detrás de la copa del arbusto quedando suspendida en las ramas de la enredadera de florecillas carmín tornasolado. Al volverme vi una vivaz mariposa que se camuflaba en medio del entretejido de la enredadera. Un familiar aroma impregnó el misterioso ambiente. Avancé cuanto pude para ver de cerca tamaño prodigio. Dos ojitos café me miraban haciendo un guiño de complicidad. De repente levantó vuelo y desapareció para siempre. Perpleja, seguí regando asombrada, recordando las palabras que una y otra vez repetía mi amiga de la adolescencia. *La vida nos obliga a reinventarnos una y muchas veces, a transformarnos como el riachuelo que fluye continuamente.* Con aquellas palabras aun flotando en el aire recordé a la que años atrás fue mi inseparable compañera de estudios.

Conocí a Patricia O'Donnell en la universidad, aquellos tiempos maravillosos cuando éramos adolescentes inquietas. Recuerdo los momentos en la cafetería de Arte, donde nos contábamos nuestras vidas que empezaban. Patricia era una chica con problemas y defectos como todos, con una personalidad que la hacía unas veces invisible, muy callada, y otras llamativa, ostensiblemente abierta. La vida la había golpeado desde temprana edad cuando fue sometida a un extraño tratamiento y posteriormente el accidente de bicicleta que le quebró la nariz. Entonces se retrajo y no quiso exponerse. Creía que todo el mundo llevaba máscara, y cuando se la quitaba mostraba su verdadera opaca y triste realidad. No era bonita pero destacaba por su inteligencia y creatividad. Devoraba los libros, había que *prepararse para la batalla, defenderse en la vida*, afirmaba. Dotada de una desbordante imaginación, relataba los hechos sintiéndose la heroína de la historia, mirando siempre a su alrededor vigilante con sus grandes ojos color café. Una joven interesada en la escritura, la política, el cine y el arte. Había algo en ella que no estaba muy claro. Alguna vez confesó que había intentado suicidarse a los quince años porque su familia no la comprendía. En otra ocasión contó que las cicatrices en sus piernas, causadas probablemente por una quemadura casera, se debían a un suceso insólito que protagonizó. Su coraje y resistencia me impresionaban. Con el tiempo comprendí que combinaba la realidad y la fantasía. La idea de ser activista con profundas ideas comunistas la seducía tanto como jugar con fuego, más por romanticismo que por otra cosa. Alardeaba de sus lazos con grupos subversivos, así como de sus amantes que siempre eran extranjeros, aves de paso de los que se desprendía con facilidad. No era hermosa, pero sus rasgos latinos y su cabello lacio azabache atraían especialmente a los foráneos que captaban más allá de su aspecto exterior, la magnética y misteriosa personalidad que habitaba debajo de su piel.

Todavía en los años setenta, ciertos espíritus conservadores no veían con buenos ojos los largos viajes que realizaba ausentándose por temporadas sin que nadie supiera su paradero. Cansada de una sociedad que la juzgaba, sabía mucho más que sus compañeras; con tan grandes talentos ya la universidad no le parecía entretenida. Incomprendida por sus ideas, adelantada a su tiempo, no me sorprendió el día que nos anunció que tenía que salir intempestivamente del país. Siempre con mirada inteligente y sus ojos bien abiertos de color café, decidió abrir sus alas y voló huyendo. Al principio mantuvimos una nutrida correspondencia. Sus cartas en papel cebolla azul, con historias insólitas de su azarosa vida permanecen intactas en una caja de cartón en mi azotea. Me pregunto si perdería totalmente la capacidad de distinguir realidad y ficción.

Nos volvimos a ver una vez más, primero en Amsterdam, después en Madrid. En cada ocasión me encontré con una persona distinta, pero dentro de su gruesa coraza de mujer empoderada, habitaba una criatura frágil que lloraba. *No nacemos para ser siempre los mismos*, reiteraba. *La vida nos obliga a reinventarnos como el río que fluye constantemente y nos lleva a cambiar inevitablemente con él.*

Dominó el arte del camuflaje para protegerse y su gran habilidad para el mimetismo le ayudaron a sobrevivir. Adoptó otras nacionalidades. Supongo que tuvo que negar sus orígenes, la historia de sus ancestros que tanto admiraba y estudiaba. Tal vez se desvanecieron sus ideales, cambió de piel, de lengua y se convirtió en uno de ellos. De tanto ocultar su identidad acabó perdiéndola. Muchos años pasaron desde entonces y con el tiempo fui comprendiendo sus palabras.

Empezó a soplar un viento frío. Solté la manguera y entré en la casa para cubrirme. El triste atardecer me recordó a la amiga que se fue al final de un lejano día para no volver. Nadie supo más de ella. Se perdería en el tiempo convirtiéndose en una poetisa nómada, o simplemente se cansó de la vida y encontró un lugar en el mundo para esconderse por siempre.

Historia publicada en el libro *gira, el mundo gira* (abril 2021)



Escribidora:
ANA MARÍA HERRERA
(Lima, 1955)

